

El arrullo silenciado

Alberto José Fleitas Rodríguez



PRIMER PREMIO 2022

El arrullo silenciado

Alberto José Fleitas Rodríguez

Pseudónimo: Alcofrybas Nasier

EL ARRULLO SILENCIADO

Perdomito lo llamaban de niño, Perdomo lo solían llamar de grande, y como Perdomito lo volvieron a bautizar ya de viejo. El peso de la edad había caído sobre su cuerpo casi del mismo modo en el que lo hizo el diminutivo con su nombre: siendo el mismo, pero pareciendo más chiquitito. Sus hombros anchos y sus brazos fibrosos, con los que otrora cargaba bloques de cemento sin tregua y manejaba el sachó con ahínco, ahora no eran más que un saquito de huesos desordenados, y así se lo decían los chiquillos de la calle cuando volvían del instituto a las dos y veinte de la tarde y lo veían abrir el fechillo de la puerta: “¡Miren, miren, ahí va el pellejo chocho de Perdomito el gago! Cuidadito no se rompa la cadera, Perdomito, que luego para pedir ayuda se le añurgan las vocales y a ver qué hacemos”. Aquel tono burlesco y las risas que lo acompañaban resonaban en el sopor de la calle a esa hora como peñascos dando tumbos barranco abajo. Perdomito, el pobre, cuando le soltaban aquellas cosas, permanecía callado, con los labios apretados y el ceño fruncido, como maldiciéndolos con la mirada. Y no porque no tuviese palabras con las que mandarlos a la mismísima porra a todos ellos, sino porque estas se le enredaban en la lengua como un manojó de hilos en una aulaga. Qué le iba a hacer, nadie elige ser tartamudo, y menos aún viejo. Y así, en ese silencio autoimpuesto, Perdomito salía todos los días, pasadas las dos de la tarde, de su casucha destartalada, dando pasitos cortos. Después de todo, era verdad lo que le decían, más valía no partirse la cadera.

Nadie supo exactamente cuáles fueron los asuntos tratados en el despacho del alcalde durante la larga mañana de aquel caluroso martes de mayo. Teresa, la secretaria, cuyo escritorio custodiaba el portón de madera, solo pudo escuchar carcajadas sueltas entre largos intervalos de lo que aparentaba ser una conversación en voz baja entre Don Eusebio y aquel educado caballero. El encuentro había sido concertado un mes antes, tras una corta llamada desde un número desconocido a la que el alcalde había reaccionado con nerviosismo. A los pocos días de ese primer contacto, llegó un gran sobre de cartón con lo que parecían ser una tonga de documentos. La secretaria solía abrirle las cartas a Don Eusebio para que no perdiese el tiempo leyendo escritos sobre cuestiones sin gran importancia. Informes técnicos por aquí, cartas de quejas por allá, denuncias sin tramitar por doquier y un sinfín de papeleo. Poco le faltó, el día que llegó el sobre, para pasarle el abrecartas a la solapa cerrada

meticulosamente, pero esta vez era diferente, y el color rojo prohibitivo del sello que ponía CONFIDENCIAL consiguió disuadirla de abrirlo sin el permiso explícito del alcalde. Fuese lo que fuese aquello de lo que hablaban o fuese quien fuese aquel hombre, lo cierto era que nadie sabía nada, aunque importante tenía que ser para que el alcalde le dedicase toda la mañana y se leyese todo el contenido del sobre en la claridad solemne de su escritorio señorial.

Al abrirse la puerta del despacho, Don Eusebio le tendió con ahínco la mano derecha al caballero, que no dudó en estrechársela, y ambos se despidieron efusivamente diciéndose el uno al otro que seguirían en contacto. La puerta se volvió a cerrar. La larga mañana de martes llegó a su fin y la secretaria empezó a recoger sus pertenencias para ir a almorzar. El alcalde, por su parte, continuó cavilando en su despacho y no dio señales de vida hasta la siete de la tarde, cuando el conserje apagó todas las luces de las dependencias municipales. «La madre que me parió», se dijo para sí mismo al llegar al coche. Arrancó el motor y una sonrisa se dibujó en su cara.

Las alpargatas marrones de Perdomito ya se sabían el camino de esa hora. Tres calles a la derecha, una a la izquierda, prestando atención a la acera maltrecha, y unos pasos más hasta el banquito de piedra de la plazoleta. Miró su reloj y comprobó que las manecillas confirmaban lo que su intención le susurraba: eran las dos y treinta y cuatro. Con un leve suspiro, se dejó caer en la zona central del banco y yació en silencio bajo el agradable calor del sol, con su pellejo pálido, casi translúcido, asomando por el final de las mangas de la camisa, y sus huesos fríos, chirriantes con cada leve movimiento de las articulaciones. Poco a poco sentía cómo los rayos iban vigorizando su ser. Ya a esa edad, el cuerpo tiene un frío glacial metido en el cuerpo y, como con los lagartos, solo el sol puede extirparlo de lo más profundo de las entrañas al menos hasta el día siguiente. Ante aquella placentera sensación de fuerza recobrada, y como culminación gloriosa al proceso que había sido el llegar hasta allí un día más, Perdomito cerró los ojos deslizando suavemente los párpados, de tal manera que dejó una ínfima apertura, a través de la cual se filtraba un apacible tono rojo. Las calles, la plaza, las carreteras, el aire, todo parecía estar desierto a esa hora, ni un alma resollaba en el letargo apaciguado del silencio, que fluía sin impedimentos a través de los minutos.

No obstante, el goce de Perdomito no era fortuito. Más bien al contrario, todo estaba calculado al milímetro. Dentro de media hora, el cuerpo ya se habría calentado y la sombra empezaría a avanzar

poco a poco, llegando a la zona central del banco donde reposaba su cuerpo. Y así fue. El paulatino languidecer del sol ante la sombra del ficus fue acompañado por un suave arrullo de tórtolas que, escondidas en la copa, repetían el mismo ritmo espasmódico una y otra vez, invadiendo por momentos el taciturno vacío del entorno. Perdomito las conocía desde hacía tiempo, o bueno, al menos eso creía, porque nunca se dejaban ver, pero los arrullos que sonaban eran siempre los mismos, como si procediesen de las profundidades del mismísimo árbol y no de las propias tórtolas. Una de las cosas que eclipsaba a Perdomito era el ritmo, aquel compás de un-dos, silencio, un-dos, silencio, un-dos, silencio. Y no era que le resultase algo bello, sino que más bien le daba envidia. Envidia porque las tortolitas, al zoco de las miradas ajenas, podían pasarse toda la tarde improvisando arrullos con aquella armonía casi matemática y él, con toda una vida de penurias a sus espaldas, todavía no había sido capaz de armar tres palabras sin que se le anudasen en la punta de la lengua con un tartamudeo de acordeón estropeado.

Una vez dieron las cuatro, Perdomito inició el camino de vuelta con pasitos cortos, sin levantar las rodillas, recorriendo el mismo camino de ida y siguiendo las mismas pautas. Al llegar a su casucha, de la que caían cachos de pintura desconchabados sobre la acera desde hacía tiempo, se extrañó al ver la esquina de un sobre canelo asomando tímidamente por la boca del buzón. Cuando estuvo delante del mismo, sacó su llavero cargado de llaves, algunas de las cuales servían más de adorno que para abrir cosas, y buscó la más pequeñita que andaba medio doblada entre el agarre y la pluma. Sacó la carta del buzón y le extrañó ver la etiqueta URGENTE, pero no tardó en recordar todos aquellos papeluchos de mierda que le enviaban y que no servían más que para gastar papel. Con la misma era otra puñetera factura de la luz, así que, con tal de no tener que llevarse el susto en la calle, y más que hecho ya a la parsimonia de la vejez y a la paciencia de aquel que no va a ningún lado, agarró la carta sin más y entró en casa con toda la naturalidad del mundo.

La humedad, nada más cruzar el portal, volvió a golpearle sin piedad alguna. Preocupado más por el retorno del frío que por la carta, colocó el sobre encima de la mesita de la entrada, cubierta por una gruesa capa de polvo, y fue directamente a la cocina. Sacó la cafetera de latón, la desenroscó, echó un poquito de agua hasta el tornillo, vigilando que no se le fuese la mano, y cargó el filtro con tres cucharadas de café barato. Luego la apretó, le dio un buen chispazo al fogón chiquitillo y allí la dejó mientras preparaba una taza con azúcar y canela. La tarde se perfilaba normal, sin más preocupaciones que las de uno mismo, como todas las de los últimos quince años.

Eran las nueve de la mañana y el leve frescor de las noches de mayo ya se disipaba entre los rayos matutinos.

—Milagro no ha llegado todavía el Perdomo Santana, por la cuenta que le trae más le vale que no se retrase mucho, estas cuestiones son de vital importancia para nuestro municipio —masculló Don Eusebio cerca del escritorio de Teresa.

—Ya sabe, Don Eusebio, a veces las cosas no son tan sencillas.

—¿Y eso ahora? Cuando la ley pública se aplica rigurosamente, las complicaciones no tienen cabida.

—Sí, pero con este señor es diferente, sus motivos tendrá para no estar a primera hora, el pobre.

—Ante una obligación de audiencia ante el alcalde pocas son las excusas que valen, Teresa, y más en cuestiones como esta, que requieren toda nuestra atención.

—Don Eusebio, el tal Perdomo Santana ese, ¿qué información tiene usted de él? Así, entre usted y yo, que ya sabe que lo que se dice en este metro cuadrado muere aquí mismo.

—No mucho, la verdad, lleva toda la vida en el mismo sitio, en la calle Lapislázuli 18. Tampoco necesito saber nada, al fin y al cabo, cuando dos hombres se hablan, dos bocas son más que suficiente.

—No, si ya... Pero verá, don Eusebio, resulta que el otro día por la mañana, después de dejar la notificación lista para el envío, me encontré con Marta, de servicios sociales, que se lo sabe todo, y le pregunté por el tal Perdomo Santana. Por lo visto el pobre viejo es conocido del barrio de toda la vida porque fue de esos chiquillos expósitos de la capital. Me dijo también que en los servicios sociales han intentado echarle una mano porque vive solo y se ve que la casa se le cae a cachos y que el viejo no anda muy bien de salud, pero no hay quien lo meta a viaje, ni escucha ni se deja escuchar.

—Bueno, bueno, como usted dice, sus motivos tendrá. Mire, no voy a quedarme esperando como un pasmarote por aquí. Voy a revisar un par de documentos que tengo acumulados desde ayer. Si llega el Perdomo Santana, dígame que toque y entre.

El alcalde tuvo tiempo de leer, firmar y sellar todos y cada uno de los documentos, y el tan esperado Perdomo Santana, ajeno a todo aquello, no apareció por el ayuntamiento en todo el día. A última hora, Don Eusebio salió del despacho.

—Teresa, dele un toque ya mismo a Marta y dígame que necesitamos el número de teléfono de Perdomo Santana urgentemente. A ver si conseguimos atajar esto de una vez, no podemos dejar que el tiempo se nos eche encima, que aquí cada hora cuenta.

Teresa apuntó el número que Marta le indicó de mala gana y se lo entregó al Don Eusebio. «Mañana llamo a primera hora», anunció en un tono solemne.

Perdomito andaba terminando de lavar la taza, la cafetera y la cuchara pequeña cuando sonó el teléfono. Pero como su cabecita sólo le daba para hacer una cosa al mismo tiempo, siguió fregando. Eran las nueve de la mañana y tampoco había prisa, que el día era largo.

Al poco rato, ya con las manos secas, volvió a sonar el teléfono y no tuvo ninguna excusa para no cogerlo.

—Di...di...di..

—Hola, buenas tardes, ¿es usted don Perdomo Santana?

—S...s...s...sí

—Verá, don Perdomo, soy Eusebio Martínez Arévalo, el alcalde. Le llamo porque debo tratar un asunto municipal de suma importancia con usted. De hecho, debería haber recibido una notificación urgente por correo postal hace dos días. Me encargué personalmente de que se la dejaran en su buzón. ¿Ha tenido tiempo de leerla tranquilamente?

—N...n...n...no

—Parece que hay problemas con la línea. En fin, aprovecho que lo tengo al teléfono para exponerle la situación al detalle y poder dialogar con usted para encontrar un acuerdo.

—P...p...per...

—No se preocupe, deje que le explique todo y ya luego podrá usted decirme lo que piensa al respecto. Como bien sabrá, el municipio está actualmente atravesando una situación difícil. Siempre hemos tenido en alta estima nuestro pasado como agricultores y artesanos, y es algo de lo que debemos sentirnos orgullosos, pero los tiempos cambian y tenemos la obligación para con las futuras generaciones de adaptarnos a ellos. Mi deber como alcalde es velar en todo momento por el correcto funcionamiento de los servicios y garantizar el bienestar de los vecinos que con su voto me han transmitido toda su confianza y sin los cuales este municipio no tendría alma, vida, futuro. Es por esto mismo por lo que, debido al periodo de coyuntura que atravesamos actualmente, tenemos que buscar alternativas a los modelos de municipio tradicionales y dar una imagen de moderni...

—P...p...per...

—Un segundo, que ya llego a la parte importante. Como le decía, tenemos que afrontar estos nuevos desafíos abrazando una imagen de modernidad en armonía con nuestro pasado. Por esto mismo, para

generar un impacto económico de gran calibre en nuestra tierra, es necesario iniciar proyectos ambiciosos, valientes y justos para todo el mundo. En este sentido, gracias a mi equipo de gobierno y a una movilización personal que nace de mi compromiso para con el ciudadano, hemos obtenido una interesantísima propuesta de financiación para construir una piscina descubierta con solárium y terraza, que traerá turistas, generará empleo, hará entrar a nuestro municipio en la vanguardia y nos colocará como un enclave incomparable en la escena turística local.

Perdomito permaneció en silencio.

—El problema es que hemos hecho algunos estudios de viabilidad y hemos identificado algunos ejes de acción que requieren un trabajo conjunto con usted, don Perdomo. Verá, los terrenos que se encuentran al lado de su casa, que, como bien sabe, están abandonados por la mano de Dios y secos como ellos solos, son el lugar ideal para llevar a cabo este proyecto. No obstante, su vivienda se encuentra en una parcela que nos plantearía una serie de inconvenient...

De repente, Don Eusebio escuchó un pitido. «Joder», dijo conteniendo el grito.

Perdomito permaneció inmóvil, con la mirada fija en las manchas de la piel de su puño y en las finas venas violáceas que lo atravesaban hasta llegar a los dedos. Su mano seguía apoyada en el teléfono recién colgado. Con un impulso fugaz, dando pasitos cortos, pero precipitados, fue a la mesita de la entrada y cogió el sobre entre las manos. No le resultó fácil abrirlo, pues sus dedos estaban engarrotados de los nervios, pero consiguió sacar con más pena que gloria el contenido. Poco a poco, fue descifrando el texto, hasta llegar a la parte crucial: el alcalde estaba dispuesto a comprarle la casa, a buscarle otro domicilio cercano e incluso a ofrecerle una bonificación económica personalizada por contribuir en la puesta en marcha del proyecto. Como el polvo de la mesita, sus pensamientos se quedaron estancados.

Mientras tanto, en el despacho, el alcalde miraba el cielo a través del ventanal. «El viejo de mierda ese me va a echar abajo el maldito negocio. Joder, con lo bien que pintaba el asunto», pensaba Don Eusebio, perdido en el laberinto de sus confabulaciones, varado en las bifurcaciones de la moral, atado, al fin y al cabo, en las profundas marañas de la manipulación. «Qué carajo, cuando dos hombres se hablan, dos bocas son más que suficiente», y con esa máxima antediluviana, grabada a fuego por el ardiente recuerdo de su padre, Don Eusebio se dispuso a coger el coche e ir a ver a aquel viejo malamañado.

Eran las dos menos cuarto. Perdomito había sido incapaz de prepararse algo que comer. Tan solo había bebido café. El frío de su cuerpo rezumaba ahora un sudor pegajoso, casi enfermizo, y notaba que la camisa empapada se le pegaba a la axila. Con movimientos seniles, levantó sus bracitos, finitos y huesudos como las patas de un flamenco triste, y se cambió la camisa. Necesitaba respirar, necesitaba deshacerse de aquella angustia que se había apoderado de su existencia de manera cruel y despiadada. Aunque fuese algo temprano, necesitaba ir al banco de la plazoleta. Cogió las llaves, se se abrochó el último botón del cuello de la camisa y abrió la puerta. Poco a poco, las cosas iban retomando su ritmo.

A las dos y cuarto, el coche de Don Eusebio apareció por la calle Lapislázuli. En su interior había una carpeta negra llena de documentos que se salían por los bordes, como si hubieran sido metidos a las prisas. Se bajó del vehículo y tocó varias veces a la puerta, sin que hubiese respuesta. Tanto el fechillo como la cerradura estaban cerrados a cal y canto. Doblando la esquina apareció un grupo de adolescentes con mochila. Don Eusebio les preguntó si sabían si Perdomo Santana solía estar en su casa a esa hora.

—¿Perdomito el gago dice? Pues no debe de andar muy lejos, con lo chocho que está ya, los pies no le dan para mucho. A esta hora creo que se va a la plazoletilla esa que está par de calles más arriba, la del ficus.

Don Eusebio sabía perfectamente dónde se encontraba el sitio, pues había estudiado con esmero los planos urbanísticos de aquella zona. Asió el maletín e inició la marcha a toda prisa.

Perdomito había conseguido recobrar la calma. A pesar de que el sol todavía no estaba incidiendo en la posición del banco que a él le gustaba, el cuerpo le había agradecido el haber ido al remanso de la plazoleta. Las tórtolas arrullaban en la frondosidad del ficus y el sopor de la tarde comenzaba a imponerse cuando percibió un traqueteo acelerado de zapatos en la acera. Don Eusebio había llegado. Con una sonrisa, se dirigió a Perdomito.

—Buenas tardes, Don Perdomo. Me alegra verlo en persona, verá, creo que lo sucedido antes por teléfono se trata solamente de un pequeño malen...

Y de repente, en un arrebató del corazón y en un desliz de la memoria, Perdomito recordó las lágrimas de su huérfana infancia, el desamparo del trabajo sucio en su juventud, la angustia reprimida del desamor perpetuo, los mecanismos perversos, en definitiva, de una vida dictaminada por los designios de la soledad y los infortunios de la miseria, y en ese arrebató descontrolado juntó, por primera vez,

todas las puñeteras letras que se le habían enredado a lo largo de su vida, y con una voz que calló al alcalde y silenció a las tórtolas, sentenció: «la vida no pudo decirme dónde carajo nací, pero el tiempo me ha dado la certeza de saber dónde coño me quedaré ».